

geográfica, y principalmente después que los grandes cartógrafos Juan Stobnicza, Ortelius y Mercator hubieron empleado en sus obras el nombre de *América*, fué aceptado éste rápidamente por todos (1).

Réstanos sólo mencionar lo que significa el extraño nombre de pila de Vespucio. Humboldt dice en sus *Investigaciones Críticas* que el nombre italiano Américo es idéntico al alemán Almarich, Amalrih ó Amulrich, que á su vez proceden de los nombres góticos Almaric, Amalrih, Amalrich ó Amulrich. A esta misma conclusión viene á parar el sabio italiano Govi, el cual dice que los florentinos tenían la costumbre de alterar los nombres de pila. Por ejemplo, el nombre del Dante es una alteración del de Durante; Stagio significa lo mismo que Anastasio; Goro equivale á Gregorio, y Beco á Domingo, y por lo tanto el nombre de Américo sólo es una transformación del de Emerico, y el nombre de América habría que traducirlo como *Tierra de Almarico ó Emerico*.

De este modo un capricho de la suerte robó á Cristóbal Colón el honor de que aquel Nuevo Mundo por él descubierto llevara su nombre. Echó, por el contrario, este honor en el regazo de un hombre que había sido sólo un agregado á los viajes de exploración de otros, que no podía alegar derecho alguno al título de descubridor, y que sólo merece la gloria de haber contribuído con sus observaciones y acertadas descripciones al conocimiento de aquel inmenso territorio.

(1) Debemos advertir que se han hecho también tentativas para derivar el nombre de *América* de supuestos nombres indígenas de países de la América Central y de la América del Sur, como *Amarca*, *Tamarca* y *Caxamarca*; pero estas pretensiones han sido desechadas con razón por todos los investigadores modernos.



Vasco Núñez de Balboa

Según un grabado de la *Historia general de los hechos de los Castellanos*, de Herrera

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA Y EL DESCUBRIMIENTO DEL GRAN OCÉANO

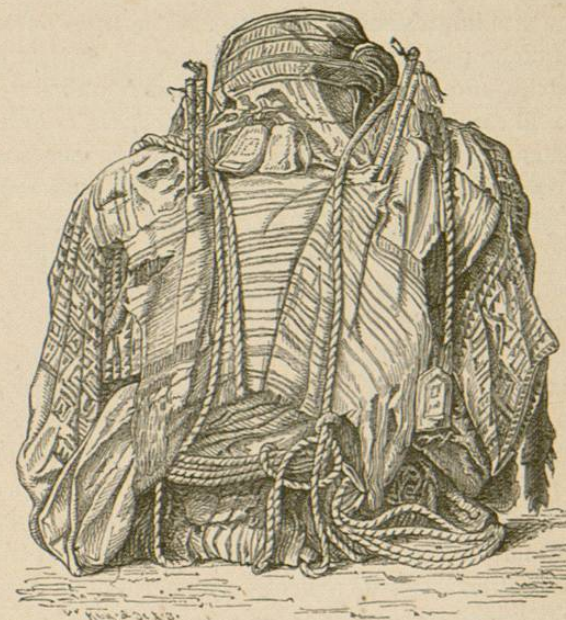
Entre los aventureros que habían ido con Alonso de Ojeda, Diego de Nicuesa y Fernández de Enciso para implantar su pie en los ricos países de Veragua y Urabá, y fundar colonias, hallábase un hombre que por su valor, perspicacia y energía habíase distinguido repetidas veces, alcanzando pronto autoridad y mando. Este hombre era Vasco Núñez de Balboa, noble empobrecido, oriundo de Extremadura, y al que circunstancias

precarias habían obligado á abandonar su hogar y atravesar el Océano. Había ya acompañado á Rodrigo de Bastidas en su viaje de exploración, viviendo después largo tiempo en la Española sin haber podido conseguir que mejorase su situación, viéndose, por el contrario, tan agobiado por las deudas, que no tenía la más remota esperanza de poderlas llegar á pagar nunca. Acosado y martirizado por sus acreedores, concibió el proyecto de librarse por la fuga de tan intolerable situación; mas como, según la ley, ningún deudor podía abandonar la isla sin conocimiento de sus acreedores, y era muy severa la vigilancia que se ejercía con los barcos que salían del puerto de Santo Domingo, decidido Balboa á buscar su suerte en las colonias que iban á fundar Ojeda y Nicuesa, hízose meter dentro de un cajón de provisiones y llevar á bordo de un barco que al mando del letrado Fernández de Enciso había de llevar el año de 1510 provisiones y refuerzos á las colonias de Urabá. Cuando estuvo el buque en alta mar salió Balboa de su escondite, llegando así á aquellos países de cuyas fabulosas riquezas esperaba, lo mismo que todos los demás individuos de la expedición, una mudanza tan completa como favorable de su suerte. Ya hemos dado á conocer, al tratar ligeramente de la historia de estas colonias, las calamidades que sufrieron, sucumbiendo la mayoría de estos aventureros á las penalidades y privaciones, pues en vez de las soñadas riquezas hallaron sólo hambre, enfermedades de todas clases y, por último, un solitario sepulcro. Durante los numerosos enredos que dominaban en las colonias habíanse sublevado repetidas veces contra sus gobernadores. En una de estas rebeliones logró Balboa ponerse á la cabeza de los rebeldes, y no sólo supo quitar de en medio á Enciso, sino que embarcó también á Diego de Nicuesa con diez y siete compañeros de penalidades en una miserable y endeble carabela que, según todas las apariencias, se fué á pique durante una tempestad, pues no volvió á hallarse huella alguna de estas gentes.

Sobre el valor y previsión de Balboa descansaba todo el buen resultado de las empresas, y á causa del terror que inspiraba á los indígenas, que le temían más que á cien puntas de espada, consiguió organizar más sólidamente la colonia de Santa María de la Antigua, situada á orillas del río Darién. Desde allí emprendieron varias excursiones al interior del país para enterarse del estado del mismo; en el año de 1511 envió Balboa á Francisco Pizarro, que se hallaba á sus órdenes, en compañía de seis hombres, para adquirir noticias acerca de la provincia de Coyba, situada á 30 leguas de distancia hacia el Oeste. Mas como estos exploradores fuesen batidos en retirada por los indígenas, púsose él mismo en camino acompañado de ciento treinta hombres, y sometió al cacique de Coyba, llamado Careta, penetrando después hasta la provincia de Comagre, cuyos habi-

tantes salieron con gran amabilidad al encuentro de los españoles y los condujeron á su pueblo.

En éste excitó vivamente el interés de los extranjeros la vivienda del cacique, no tanto por su tamaño cuanto por su extraña construcción. La casa tenía 150 pies de largo por 80 de anchura, y estaba construída sobre fuertes troncos de árboles y rodeada de una muralla de piedra. El piso superior mostraba adornos de talla y enrejados, y constaba de multitud de aposentos destinados los unos para vivienda y los otros para despensa.



Momia envuelta en vestiduras (según Reiss y Stubel)

Uno de éstos guardaba gran provisión de pan, frutas y carne seca ó cecina; en otro había grandes jarros llenos de vino de palmera y otras bebidas parecidas á cerveza, preparadas con maíz y varias raíces; en un largo corredor, que seguramente era el santuario de la casa, hallábanse los bien conservados cadáveres de sus antepasados y parientes, que habían sido momificados al fuego y estaban envueltos en grandes mantas de algodón, y adornados cada uno con una verdadera mina de oro, perlas y piedras preciosas. Estaban colgados de las paredes y del techo, sujetos por fuertes lazos, y este lugar no era visitado por los descendientes sin dar grandes muestras del religioso respeto que les inspiraba.

El hijo mayor del cacique regaló á los españoles gran cantidad de

adornos de oro, y al ver que éstos reñían por la repartición, admiróse grandemente y díjoles: «Si este oro es tan valioso ante vuestros ojos que sólo por amor á él abandonáis vuestra patria exponiéndoos voluntariamente á toda clase de peligros, voy á hablaros de un país en el que podréis saciar por completo vuestra ambición. Detrás de aquellas montañas que se elevan al Sur hay un extenso mar, surcado por un pueblo que posee barcos con velas y remos como vosotros, cuyo rey come en vajilla de oro, y cuyo país está cruzado de ríos que poseen gran riqueza de oro. Este metal es tan común allí como entre nosotros el hierro.»

Poderosamente impresionado por esta noticia, trató Balboa de inquirir más sobre dicho país y supo por su anfitrión que el viaje á él era muy peligroso y arriesgado, necesitando muchos más hombres de los que llevaba consigo. El camino era á través de intrincados bosques casi impenetrables, teniendo que escalar asimismo escarpadas montañas sin senda alguna, y atravesar comarcas cuyos caciques eran eminentemente guerreros y disponían de considerables fuerzas para el combate.

Todos estos obstáculos no lograron desanimar al atrevido hidalgo, sino que, por el contrario, avivaron en su corazón el deseo de descubrir aquel Océano y aquel reino; pues, convencido como estaba de que era sólo un usurpador que se había apropiado á viva fuerza la dirección y el mando superior de la colonia, comprendía que necesitaba realizar alguna alta empresa para lograr en parte el perdón de su conducta. Ofrecíasele ahora ocasión de borrar el mal efecto producido por su traición contra Enciso y Nicuesa, y por lo tanto, concebido y pensado su proyecto, no tardó en realizarle. El 1.º de septiembre del año 1513 púsose en marcha, acompañado de ciento noventa españoles y seiscientos cargadores indios, saliendo de Santa María en busca de aquel país misterioso. La pequeña hueste llevaba también consigo toda una jauría de perros de presa, pues en el transcurso de los diferentes combates sostenidos contra los indígenas había comprendido lo mucho que éstos temían á aquellos animales.

Con un bergantín y nueve grandes canoas hízose á la vela la expedición, dirigiéndose primero con rumbo Noroeste á lo largo de la costa del istmo de Darién hasta llegar al pueblo del cacique amigo Careta, con cuya hija se había casado Balboa. Casi la mitad de su gente dejó allí custodiando los barcos, y el 6 de septiembre emprendió resueltamente la marcha hacia el interior.

Si el lector echa una ojeada á la costa que insertamos al final de este capítulo, verá que Balboa, después de adquirir noticias precisas por medio de los indios, eligió para cruzar la lengua de tierra el sitio más estrecho, que es donde tan sólo están separadas las costas una de otra por la insignificante distancia de nueve leguas.

Por más que el trayecto que había que recorrer no era en manera alguna considerable, los obstáculos que tuvieron que vencer fueron tan inmensos y casi insuperables, que tan sólo por esto, y sin tener en cuenta el resultado conseguido y las consecuencias á él anejas, había que considerar esta hazaña como una empresa y descubrimiento de primer orden.

Si bien las eminencias que hay que escalar en aquel sitio apenas exceden de 700 metros de altura, el obstáculo más poderoso es el bosque virgen, que se desarrolla en este istmo con más exuberancia que en parte alguna de la Tierra, cubriéndolo todo con su verde follaje. Poderosos troncos envejecidos por el tiempo, unidos unos á otros, entrelazados y envueltos



Carta del descubrimiento del Mar del Sur por Balboa

por enredaderas y plantas trepadoras, elevanse por todas partes en tan apiñado haz, que los rayos del sol no pueden traspasar su follaje. Sólo un pálido reflejo delata al viajero errante en esta espesura la claridad del día. A cada paso interceptan el camino los tallos de las lianas, tan gruesos como un brazo y duros como el acero, y los frutos de las plantas parásitas; por todas partes hay que trepar sobre gigantescos árboles derribados, vadear lagunas y cruzar torrentosos arroyos y ríos.

Con cuántas dificultades tendrían que luchar Balboa y su comitiva, se puede apreciar mejor mencionando diferentes é infructuosas tentativas hechas en nuestro siglo para cruzar el istmo por otros sitios.

En el año de 1853 intentó el célebre viajero Carlos de Schérzer penetrar desde Angostura al puerto de Limón, distante diez leguas solamente; y á pesar de que le acompañaban treinta cargadores y varios ingenieros, tuvieron que desistir al cabo de diez y seis días de ímprobo trabajo (1).

(1) *La República de Costa Rica* por Wágner y por de Schérzer, páginas 359-392.

No obtuvo mejor resultado una expedición inglesa que salió el 23 de diciembre del mismo año desde la costa del Pacífico y desde la embocadura del río Savana. El año de 1854 penetró cierto número de hombres, guiados por el doctor Cullen y Gisborne, tan sólo seis leguas al interior, y eso á fuerza de indecibles trabajos; y menor aún fué el resultado obtenido por el ingeniero Codazzi, que al intentar cruzar el istmo perdió muchos de sus hombres, teniendo que desistir de su empresa al cabo de algunos días (1).

La marcha de Balboa estaba expuesta aún á mayores peligros, como era el tener que caminar por comarcas cuyos guerreros caciques oponían por todas partes la más enérgica resistencia al paso de los españoles. Sobre todo el cacique Quaraqva reunió á su alrededor gran número de sus guerreros tratando de acabar con los españoles, extenuados por el hambre y los trabajos pasados. Mas ¿qué podían hacer las primitivas armas de los indígenas, sus mazas, lanzas, arcos y flechas, contra las armas de fuego europeas, que llenaron de terror á los indígenas haciéndoles creer que arrojaban por sus bocas rayos y truenos?

Por lo tanto, el ejército de Quaraqva emprendió precipitadamente la fuga, no reconociendo límites su terror al ver que los extranjeros azuzaban contra ellos los perros de presa, que corrían detrás de los indígenas ladrando furiosamente y despedazando espantosamente á muchos de ellos. Seiscientos cadáveres, entre los cuales había el del cacique, cubrieron el campo.

Entre los muchos prisioneros que cayeron en poder de los españoles, hallábanse el hermano del cacique y otros jefes de menor importancia, que se distinguían de los demás por llevar vestiduras de algodón á guisa de faldas de mujer. También éstos fueron condenados á muerte, y por orden de Balboa echados á los perros, que pronto dieron fin con aquellos desgraciados.

Por último, el 25 de septiembre llegaron al pie de la cordillera desde cuya cúspide, según afirmación del guía indio, podía verse el otro mar. Balboa disponía sólo de sesenta y siete hombres, por haber hecho regresar á los que enfermaron en el camino, y con esta pequeña hueste emprendió muy temprano la difícil ascensión por la montaña. Hacia las diez de la mañana alcanzaron la loma de la montaña, faltando tan sólo subir á un pelado pico desde el cual se divisaba el mar del Sur. Allí ordenó Balboa á su comitiva que se detuviese, pues quería ser el primero en saludar al desconocido Océano. Con el corazón palpitante subió el con-

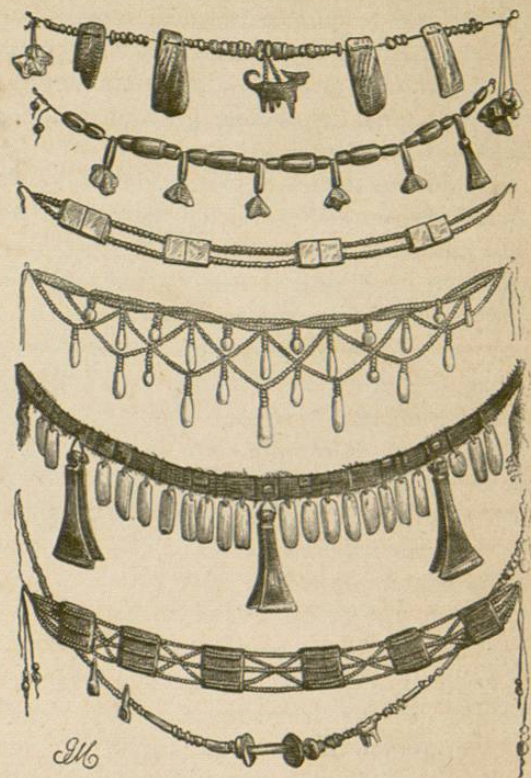
(1) Headley, *Lieutenant Strains Darien Exploring Expedition*, Harpers Franklin Square Library No. 430. p. 2.

quistador hasta la cúspide, y una vez en ella, al divisar el panorama de indecible grandeza y el inconmensurable Océano á sus pies, cayó de rodillas profundamente conmovido, y cruzando las manos en señal de oración dió al cielo gracias por la gran merced que le había concedido al darle la gloria de hacer descubrimiento tan importante.

Entonces llamó á su gente, y luego que ésta hubo saciado su vista con el grandioso espectáculo que tenía ante sí, erigieron con toscas piedras un altar, el sacerdote Andrés de Vara entonó el *Te Deum Laudamus*, y al terminar el solemne oficio divino levantaron sobre el pico mas elevado del monte el símbolo de la religión cristiana: una Cruz. Bien se comprende el júbilo de los españoles, extenuados por las privaciones y trabajos, al hallarse en el punto de sus deseos después de aquella tremenda marcha de veinte días á través del espantoso bosque entre cuya verdinegra espesura había caído más de uno preso de mortal abatimiento. ¡Y cuántas esperanzas no se enlazaban con el descubrimiento!

¿No estaba ahora abierto el camino de aquellos ricos países del Sur, cuyo pueblos, según los datos adquiridos, poseían grandes ciudades, mercados y puertos? ¿No era éste el Océano cuyas olas bañaban las playas á las islas de la India, de aquel maravilloso país de la tierra que, á causa de sus incalculables riquezas en oro, perlas, piedras preciosas y especias, era desde remotos tiempos el blanco de todas las naciones comerciales del Oriente?

Con el pecho henchido de entusiasmo descendió Balboa, cual otro Anibal al frente de su hueste, á la llanura cubierta de bosque y sabanas, y cuando al cabo de cuatro días de marcha llegaron, el 29 de septiembre,



Collares del antiguo Perú (Museo Etnográfico de Berlín)